



Ofrenda a Boudanilkanta.



Los porteadores aceptan cualquier tipo de carga. Su especial habilidad les permite transportar las cajas o los cubos con una simple cincha que apoyan sobre su frente.

Las impresiones de un médico no alpinista en el Himalaya

Pepe Martínez

Me parecía imposible, después de dos años de preparación y complicaciones, cada cual dando paso a otra mayor, encontrarnos camino del aeropuerto. Realmente entendía a César diciendo «La suerte está echada». Dentro de mi inexperiencia absoluta en expediciones se mezclaban en mi cabeza un tropel de sensaciones: a la alegría de haber sido capaces de vencer todas las dificultades de organización, tanto para la preparación técnica como científica, le sucedía un miedo muy agradable a lo desconocido y unas ganas de escapar del torbellino de actividades que constituye mi «civilizado» quehacer diario.

Maravilla de gente

El avión de Madrid a Delhi no ayudó a que estos fantasmas desaparecieran. ¡Prendían cobrarnos 600.000 ptas. de exceso de equipaje! Por fin, y no sin perder un día, llegamos a nuestro destino cambiando de compañía y pagando una pequeña cantidad.

Kathmandú es para todos un paraíso. Al

llegar me pareció un suburbio inmenso lleno de gente excelente; me vi inmerso en la tranquilidad del ruido, de la prisa sin horas. Creo que en el aeropuerto de Kathmandú, viendo la cara que ponían los controladores al sacar los aparatos médicos, como describía E. Rice Burroughs en sus novelas de Tarzán, se desprendió de mí la delgada corteza de civilización occidental.

Tras dos días en la capital partimos en un destartado autobús hacia Jiri, primer pueblo de la marcha de aproximación. Creo que ninguno de nosotros olvidará aquella cena tras doce horas de saltos por una carretera nepalí en obras. Nadie nos preguntó nada: patatas sin pelar, chili (picante), arroz hervido sin sal y unos trozos de carne extraordinariamente dura.

Desde esa misma noche comenzó nuestro consultorio médico con los lugareños; dos cosas me impresionaban: por una parte, una mezcla de fatalismo y confianza podría definir nuestra relación. Por otra parte ese país es un paraíso para la medicina: al no estar en contacto habitual con las medicinas ya las primeras dosis producen efectos espectaculares.

La mañana era radiante y la contratación de porteadores un espectáculo pintoresco, de todos modos otra cosa rondaba por mi

cabeza, me daba cuenta de que mis compañeros de expedición tenían una experiencia suficiente y una condición física envidiable y no me imaginaba catorce días andando por aquel mar de cuevas dejando la piel en el intento. Poco pensaba entonces que comenzaba la parte de la expedición por la que estaría dispuesto a volver a Nepal a la menor oportunidad.

Durante los días que nos costó llegar hasta el Campamento Base a 5.200m. no salía de mi asombro. Físicamente nos íbamos encontrando progresivamente mas en forma, lo que nos permitía que saboreáramos el paisaje cambiante a cada paso dado que salvábamos grandes diferencias, en más y en menos, de altura todos los días. Pero con eso ya contaba. Lo que me dejó boquiabierto, y hoy, cuatro meses después, sigue pro-

duciéndome un agradable escalofrío al pensar en ello, fue la gente de las aldeas por las que pasábamos: todo era maravilloso. Su bondad y sencillez, su pobreza y generosidad, su respeto hacia la naturaleza y desprecio al stress y a la prisa innecesaria. Conforme íbamos subiendo, estos rasgos se iban acentuando hasta llegar a Namche Bazar, ciudad que me cuesta definir pues recuerda nuestro occidentalismo al estar tan influida por las expediciones.

Pero para solucionar las cosas, en la siguiente etapa llegamos a Tame y esa aldea sherpa es la entrada a Shangri-La. El paraíso perdido tuvo que estar por esa zona.

Maravilla de paisaje

Con este recuerdo del pueblo que me ha enamorado partíamos ya hacia el Campamento Base a través de morrenas rotas. La belleza de las montañas que nos iban rodeando unida a la extraña destreza de los yaks constituían lo más destacado de las tres etapas que nos colocaron en la base del Cho Oyu.

Durante casi 30 días aprendí lo que es la paz. Nuestro grupo de tiendas parecían avergonzarse de la caseta de aluminio en la que yo pasaba la mayor parte del día realizando las pruebas médicas. Era absolutamente eficaz, espaciosa, aislante y disonan-

te por completo con el entorno, un auténtico atentado contra la estética de las cumbres que nos rodeaban 2.000 m. más arriba.

Ya de regreso a casa mucha gente me ha preguntado: —pero, Pepe... ¿Qué hacías tú allí todo el día sin otro quehacer que el trabajo de investigación? No consigo que lo entiendan: si podemos pasar horas contemplando un cuadro en un museo aseguro que, sin vehemencia, el paisaje desde nuestro Campamento Base haría retirarse ruborizado al mejor de nuestros tesoros artísticos. Es imposible cansarse de mirar el Himalaya.

Fueron pasando los días y llegó la hora del regreso, todo rodaba con normalidad. El que siete de nosotros alcanzaran la cima de «la Diosa de la Turquesa» era el broche de oro para nuestras ilusiones y esfuerzos de tantos meses.

Solamente me arrepiento de haber sentido ganas de que el regreso, desde la llegada a Kathmandú, se acelerara. Quizás mis hijas sirvan de eximente.

También quería añadir que soy una persona corriente, sin excesivas facultades físicas enamorado de mi familia, de mi trabajo y de la naturaleza. Encontraríamos cientos de alaveses iguales. Pues bien, desde el fondo de mi alma os digo que estamos equivocados: la felicidad no está en nuestra sociedad. La paz sencilla y la alegría de los nepaleses me lo han mostrado.

El Campo Base es un lugar que debe ser acogedor, y representa el centro de las actividades durante la estancia en el monte. A 5.200 m. en el lugar denominado Dzasampa. Al fondo montañas de cerca de 7.000 m. hacia el paso de Trashi Labtsa.

